



Foto: EHM.

## El reflejo

Elizabeth Hernández Millán

**F**in de la historia. Se había ido por la misma puerta por la que tantas veces deseabas que llegara todos los días. Eras otra vez la niña sin rehilete, pintarrajeada por una pérdida más, con el cerebro coloreado de negro y el corazón café, podrido cual manzana, alguna vez tentación. Ya no estaban sus cuadros ni su ropa, apenas quedaba su olor en las sábanas, pensaste que nunca las ibas a lavar, pero recordaste que el tiempo se lo lleva todo ¿hasta tu dolor? Saliste a caminar y un chicle se pegó en tu zapato, no sabías dónde estabas y el choque con un poste te hizo despertar un poco. ¿Qué atravesabas? Pensaste en llamarlo y no lo hiciste, entonces volaste: tus pies se despegaron del suelo apenas cinco centímetros y cantaste con un ángel, él era la segunda voz. Fue entonces cuando tocaste la nube, te dijo que estaba enferma y pensaste que tú también lo estabas y te empezaron a recorrer por el cuerpo bichos de distintos tamaños, pero no te mordían. ¿Acaso ya estabas muerta? No, estabas en el baño, sentada en la taza, con tus calzones blancos detenidos en tus tobillos, pujando en tu estúpida realidad, sólo tuya. Y pensaste que ojalá tu cuerpo se escurriera por allí.

No tuviste deseos de acostarte con nadie más, nunca, sabías que sólo él podía salvarte, pero cómo, si se había llevado el chango de peluche de tu niñez, tu risa en la bicicleta, la mariposa que un día llegó a tu mano, los países que conociste, los sonidos, los sabores, tu tacto. Quisiste comprobarlo, estiraste uno de tus dedos para tocar la pared y no pudiste, aunque la veías no podías alcanzarla. De paso llegó la esperanza convertida en tapete azul y quisiste que te dijera que volvería un día, tal vez mañana; le preguntaste y echaste un volado, pero la moneda se te cayó al excusado, ahora tenías que meter la mano donde estaban los desechos de ti, pensaste que era una señal ¿de qué? Querías respuestas mágicas y salió la luna y le aventaste una cuerda, pero no la alcanzó, medía sólo un par de metros. Todos tus dolores llegaron de pronto, tus muertes, tus tristezas pasadas, la fuerza que te oprimía el pecho; el hoyo negro existía, estaba en tu estómago, lo pudiste ver y metiste tu mano para alcanzar la canica que un día se te perdió y las ligas que alguna vez sostenían tu cabello. Sentiste una muerte lenta, profundo mareo, te volviste ciega y cuando ya no sentías nada, viste un eclipse, consolaste al aire porque te dijo que quería detenerse y no podía; quisiste ser niña y allí estaba tu falda sucia, el raspón en tu rodilla derecha, lo viste y sentiste ese dolor y el otro. Fuiste consciente de tu recién llegada agonía, manoseaste al miedo, tuviste sueño y ya no podías abrir los ojos, querías dormir y el golpe en todo el cuerpo te hizo despertar. Estabas en el suelo, viste la pared, subiste a la cama, allí estaba dormido y lo abrazaste.